

libertad y de la humanidad, ponía empeño en demostrar que los hombres á quienes estaba encomendado el poder de Inglaterra no manejaban en balde la pluma, ni, á ser preciso, la espada. Pero la política extranjera de Palmerston no satisfacía á algunos de sus adversarios políticos. Estos no habían podido digerir su cortesía con los gobiernos republicanos, ni le perdonaban el haber aprobado la conducta del almirante que ancló los buques de guerra británicos entre los del rey de Nápoles y las calles indefensas de Palermo. En ambas Cámaras se propuso una enmienda al mensaje representando humildemente á Su Majestad que el estado de los asuntos no era para que el Parlamento pudiese dirigirse á la corona en términos congratulatorios. Los pares, deslumbrados por la irreflexiva elocuencia de Stanley, pusieron al ministerio á dos dedos de una derrota que, dada la situación en que se hallaban los asuntos exteriores, hubiese sido una calamidad europea. En los Comunes lord Palmerston combatió la enmienda en un discurso de extratraordinaria energía, que decidió del éxito del debate (1); una proposición

(1) «Si decís que no podéis felicitarnos, yo os digo: «Aguardad á que os lo pidan.» Sería altamente inconveniente pedir á la Cámara que manifestase en este momento ninguna opinión sobre las relaciones exteriores del país... La falta de que se acusa al gobierno de Su Majestad es que no estamos en guerra con alguno de nuestros amigos. Nuestro gran delito es que hemos conservado relaciones amistosas con el gobierno republicano de Francia. Hay quienes piensan que el gobierno de una república no es buena compañía para el gobierno de una monarquía. Pero yo sostengo que las relaciones entre los gobiernos son relaciones entre las naciones á que los gobiernos pertenecen. ¿Qué tenemos que preguntar nosotros si la nación francesa considera oportuno ser gobernada por un rey, un emperador, un presidente ó un cónsul? Nuestro objeto y nuestro deber es cimentar los vínculos de amistad más estrechos entre nosotros y nuestro más próximo vecino—ese vecino, que en la guerra sería

pidiendo el aplazamiento fué desechada por 221 votos contra 80; y Mr. Disraeli, interpretando rectamente la opinión general de la Cámara, tuvo el buen acuerdo de retirar la enmienda hostil.

Domingo, 4 de Febrero.—Ayer tarde fui á Clapham. Una tarde tranquila y feliz. Esta mañana he estado en la iglesia. Me atrae la iglesia por los recuerdos del pasado; me atrae hasta la absurda ventana pintada con la paloma, el cordero, la urna, las dos cornucopias y la profusión de girasoles, pasionarias y peonías. Oí un sermón puseyita; una oratoria muy diferente de lo que yo solía oír en otro tiempo en el mismo púlpito.

5 de Febrero de 1849.—Lord Shelburne, Carlos Austin y Milman fueron á almorzar. Un almuerzo agradable. Después los cuákeros, que eran cinco. Jamás se vió derrota semejante. No tenían absolutamente

nuestro enemigo más formidable y en la paz nuestro más útil aliado...—Tal es, pues, el estado de la cuestión. Se nos imputa el grave cargo de haber permanecido en buena inteligencia con la república de Francia, y de haber contribuido así esencialmente al mantenimiento de la paz en Europa. Se nos acusa de haber puesto término á las hostilidades en el Schleswig-Holstein, que hubiesen conducido á una guerra europea. Se nos acusa de haber inducido á Austria y á Cerdeña á que depusiesen las armas, cuando sus diferencias hubiesen podido arrastrar á la lucha á las otras potencias de Europa. Se nos censura por haber evitado grandes calamidades en Sicilia y por tratar de restablecer las relaciones amistosas entre el rey de Nápoles y sus súbditos. Esos son los puntos que la Cámara está llamada á fallar en pro ó en contra nuestra. Nosotros venimos aquí como hombres que hemos trabajado asiduamente para prevenir la guerra, y para ponerla término, en cuanto ha sido posible, dondequiera que ha estallado; nosotros venimos aquí como promovedores de la paz, bajo el peso de una acusación lanzada contra nosotros por los abogados de la guerra. La Cámara decidirá entre nosotros y nuestros acusadores; yo aguardo con confianza su veredicto.»

nada que decir. Cada uno de los cargos formulados contra Penn quedó tan esclarecido como un proceso cualquiera en el Old Bailey (1). No tenían nada que aducir fuera de una cosa que es muy cierta: que en mi *Historia* Penn parecía peor de lo que hubiese parecido en una reseña general de toda su vida. Pero eso no es culpa mía. Yo he escrito la historia de cuatro años, durante los cuales estuvo expuesto á grandes tentaciones; durante los cuales fué favorito de un mal rey y se movió mucho en una corte muy corrompida. Sus relaciones perjudicaron á su fama. Diez años antes ó diez años después hubiese aparecido mucho mejor su figura. ¿Pero iba yo á empezar mi obra diez años antes ó diez años después por consideración á William Penn? Los cuákeros estuvieron sumamente finos. Yo igualmente. Elogiaron mi cortesía y mi sinceridad.

Quizá sea este el sitio más á propósito para citar algunos pasajes de las cartas de Macaulay á Mr. Ellis.

Albany, 10 de Enero 1849.

He recibido una carta pastoral de tres caras de Son Enrique de Exon, y le he mandado tres caras de respuesta. Somos los más corteses y afectuosos adversarios. No puede usted figurarse qué distinta opinión tengo de él desde que ha dado en suscribirse, «con la más alta estima, admirador mío». ¿Cómo es posible reñir con un hombre que le censura á uno en frases de este tenor: «Perdóneme si le digo que una actitud diferente hubiese sido más generosa, más ingenua, más filosófica, todo lo que yo podía resumir en estas

(1) Un tribunal de Londres. —(N. DEL T.)

palabras: más propia de usted»? He aquí el grado más alto de su severidad. ¡Y pensar que yo he negado á este hombre durante tanto tiempo el menor átomo de caridad cristiana!» (1).

6 de Marzo de 1849.

Haga usted el favor de decir á Adolphos lo mucho que le agradezco sus críticas. Veo que alguna que otra vez caigo en falta. Salí de mis casillas con los *Estuardos*, y, por lo mismo, hice menos daño del que hubiese hecho, si hubiese conservado mi sangre fría.

Sé que Croker ha escrito un artículo furibundo en contra mía, y que Lockart se resiste á publicarle, declarando que la corriente de la opinión pública se inclina poderosamente hacia mí, y que un ataque violento de parte de un enemigo personal no me hará á mí ningún daño y hará mucho á la *Quarterly Review*.

(1) Desgraciadamente esos no eran más que los preliminares del combate. Cuando el obispo pasó de los cumplidos á los argumentos, no tardó en demostrar que no había olvidado su herida. Macaulay escribe como una persona cuyo único objeto es cerrar una controversia de la manera más breve y más cortés. «Antes de que aparezca una nueva edición de mi obra, tendré tiempo de pensar atentamente las observaciones de usted y de examinar las palabras sobre las cuales me ha llamado la atención. Me ha convencido usted de la conveniencia de hacer algunas alteraciones. Pero espero que no me acusará usted de terquedad, si añado que, por lo que puedo juzgar al presente, las alteraciones serán ligeras, y que, en lo tocante al punto principal, mi opinión permanece inalterable.» A esto replica el obispo: «No me crea usted muy irritado al decirle que una persona que *desea* llegar á tal conclusión sería presidente inestimable de un jurado para condenar á otro Algernon Sidney. Sinceramente, yo no he visto nunca manera tan monstruosa de prejuzgar una cuestión.

Hagan lo que quieran, á mí, como dice el duque (1), no se me dan dos miserables peniques.

8 de Marzo de 1849.

Por fin he alcanzado la verdadera gloria. Paseando antes de ayer por Fleet Street, vi en el escaparate de una librería un ejemplar de Hume con la siguiente nota: «Sólo dos libras y dos chelines. *Historia de Inglaterra*, de Hume, en ocho volúmenes, muy importante como introducción á Macaulay.» Me dió una risa tan convulsa, que las demás personas que miraban los libros me tomaron por un pobre demente. ¡Pobre David! En cuanto á mí, ya no me queda que alcanzar más que una cosa en punto á celebridad. Aún no ando entre las figuras de cera de Mad. Tussaud. Sin embargo, espero ver un día el anuncio de un nuevo grupo: Mr. Macaulay, con uno de sus propios trajes, conversando con Mr. Silk Buckingham, vestido á la oriental, y Mr. Roberto Montgomery, en hábito eclesiástico.

9 de Marzo de 1850.

Espero que Roebuck saldrá adelante. Si le derrotan, no será por la fuerza de sus competidores. ¡Qué flojedad y qué aguachirle la de estos jóvenes del día! *** declara que no hay en toda la Cámara de los Comunes ningún individuo de menos de treinta y cinco años, de quien pueda hacerse un Junior lord de la Tesorería. Lo mismo pasa en la literatura, y creo que en el foro. Es singular que los últimos veinticinco años,

(1) El duque de Wellington.

testigos de los mayores progresos que se han hecho jamás en las ciencias físicas—de las mayores victorias que alcanzó jamás el hombre sobre la materia—apenas hayan producido un volumen capaz de sobrevivir hasta 1900, y hayan visto extinguirse entre nosotros la casta de los grandes abogados y oradores parlamentarios.

Ayer se oyó una buena composición en su género: el dictamen sobre el asunto de Gorham (1). Supongo que le gustará á usted. A mí me parece excelente, digno de D'Aguesseau ó de Mansfield. Yo hubiera querido oírle; pero, cuando fui á Whitehall, encontré en las escuelas, en los tránsitos y hasta en la calle, tal muchedumbre de puseyitas y simeonitas que no podían pasar ni aun los consejeros privados; y, no queriendo darme de codazos con tantos sucesores de los apóstoles, me marché.

He visto el hipopótamo, dormido y despierto; y puedo asegurar á usted que, despierto ó dormido, es la más fea de las obras de Dios. Pero es preciso que usted conozca mis triunfos. Thackeray jura que fué testigo ocular y auricular del suceso más soberbio de mi vida. Dos señoritas iban á traspasar la puerta que en vano intentamos franquear nosotros el lunes, cuando les llamaron la atención sobre mí.

¡Mr. Macaulay!—exclamó el amable par.—¿Es ese Mr. Macaulay? Poco importa el hipopótamo. Y ellas, que habían dado un chelín para ver á Behemoth, le dejaron en el momento mismo en que iba á presentarse ante ellas, para ver... pero respete usted mi modestia. Ya no puedo desear más en esta tierra, ahora

(1) El 8 de Marzo de 1850 lord Langlade formuló el dictamen del comité judicial del Consejo privado.

que ha muerto Mme. Tussaud, en cuyo panteón esperaba tener un puesto.

12 de Febrero.—He comprado un papel soberbio por una guinea, y he escrito en él una «Valentina» (1) para Alicia. Comí en casa de lady Carlota Lindsay con Hallam y Kinglake. Me temo que hablé demasiado de mi libro. Pero realmente no tengo yo la culpa. Se empeñaban en hablar del asunto. Estaré más prevenido; pero ¡es tan difícil mantenerse en lo justo! Desviar la conversación podría parecer descortés y afectado.

13 de Febrero de 1849.—Envié á Paca la «Valentina» de Alicia (2). La venta sigue alta: ochenta y más al día. Es extraño. Me dicen que miss Aikin insulta mi libro como una furia, y no puede perdonarme mi modo de tratar su *Vida de Addison*. ¡Pobre criatura! Si supiese qué poco merezco su mala voluntad, y qué poco me importa, se tranquilizaría. Si me hubiera permitido librería de exponerse, lo hubiera hecho; y cuando rechazó mi auxilio desabridamente, y no pude eludir la necesidad de censurarla, me atrevo á decir que la censuré con más blandura de la que ha podido tener jamás el crítico de menos discernimiento con un libro tan malo. Desde la primera palabra hasta la última no olvidé nunca el respeto que debía á sus faldas. Aun ahora no reimprimo uno de mis mejores

(1) Carta anónima de carácter amoroso, sentimental ó burlesco, escrita el día de San Valentín.—(N. DEL T.)

(2) Las señoritas Macaulay residían en Brighton. Las varias semanas que su hermano pasó allí en su compañía fueron bien aprovechadas para su salud y regalo. Porque la mayor parte del tiempo vivía en el Norfolk Hotel; pero á veces tomaba un alojamiento inmediato á la casa de ellas. Su artículo sobre Bunyan, publicado en la *Enciclopedia Británica*, fue escrito en una de las casas de Bregeney Square.

artículos por temor de darla que sentir. Pero en nada de esto hay una gran magnanimidad.

14 de Febrero.—A las tres vinieron Paquita y los niños. Alicia estaba completamente extasiada con su «Valentina». Me suplicó muy patéticamente que le dijese la verdad sobre el caso. Cuando nos quedamos solos, dijo: — «Ahora me voy á poner muy seria.» Y á esto cayó de hinojos ante mí y alzó las manos: — «Querido tío, diga usted la verdad á su niña. ¿Fue usted el que envió la «Valentina»?—Yo no quise mentir á una criatura ni aun en cosa tan baladí, y confesé que había sido yo.

15 de Febrero.—Comida con el barón Parke. Brougham hizo muchos extremos de amistad. Yo sé lo mortalmente que me odia y lo acerbamente que me ultraja. Pero poco importa. Ha conservado mucho tiempo su don de injuriar; pero no ha conservado su don de agradar. Estuvo muy bromista; pero, como de costumbre, muy disparatado, y una vez se puso completamente en berlina. Sostuvo que había dudas sobre si el poeta trágico era Eurípides ó Eurípides. En su *Ainsworth* era Eurípides. Decía que no había autoridades en que apoyarse para lo uno ni para lo otro. Yo le respondí citando un par de versos de Aristófanes. Hubiera podido aplastarle á citas. «¡Oh! — dijo ese gran helenista. — Esos son yámbicos. Los yámbicos son muy caprichosos é irregulares; no son como los exámetros.» Procuré conservar mi seriedad, y Parke hizo lo propio. Ninguna otra persona de las que oyeron la discusión entendía el asunto.

En Noviembre de 1848, Macaulay había sido elegido Rector de la Universidad de Glasgow. Ahora se acercaba la fecha de la toma de posesión; una de esas ceremonias, tormento de los oradores, en que se es-

pera mucho y todo ha sido ya bien dicho muchas veces antes. Afortunadamente, su rectorado coincidía con el cuarto centenario del cuerpo que estaba llamado á presidir, y él procuró dar novedad y sello de oportunidad á su discurso, dirigiendo una mirada retrospectiva á la historia y situación de la Universidad en los comienzos de cada siglo de su existencia.

12 de Marzo. — Fui á ver al lord Abogado; señalé la fecha de mi viaje á Glasgow, y le consulté sobre el plan de mi discurso. La idea le pareció muy buena. — Una gran idea, dijo; — y yo creo que es de efecto y original, sin nada de excentricidad ni afectación. Me disgustó saber que había el pensamiento de darme el título de ciudadano de Glasgow en una caja de oro. Eso puede obligarme á pronunciar un discurso con que yo no contaba. Es extraño ver cómo se apodera de mí el horror á las exhibiciones públicas. Yo, que he hecho mi camino en el mundo perorando, me retraigo ahora de pronunciar un discurso tanto como cualquier tímido tartamudo de la Gran Bretaña.

Los hechos probaron que eran infundados sus recelos. «Juré el cargo — escribe en su Diario, el 21 de Marzo de 1849; — firmé, y pronuncié mi discurso. Tuvo mucho éxito, porque, aunque de poco valor intrínseco, no estaba mal ideado para su objeto, y para el lugar y la ocasión. Las aclamaciones fueron prodigiosas.

22 de Marzo. — Otro día lleno de acontecimientos y excitaciones. Yo estaba muy disgustado é inquieto, por saber que se esperaba de mí un gran discurso en el Town Hall. Había tenido un sueño tranquilo, en parte á consecuencia de la agitación pasada, y en parte por el temor de la que iba á venir. Di vueltas en mi cabeza á unas cuantas frases, pero estaba muy

poco satisfecho de ellas. Sin embargo, satisfecho ó no, no tuve más remedio que aprestarme cuando vino por mí el lord preboste. Yo estaba como aquel á quien llevan á ahorcar, y saqué fuerzas de flaqueza para salir del paso decorosamente. Fuimos al City Hall, donde ya no cabía un alma. Todo eran vitores y aplausos. El preboste me presentó una hermosa caja de plata sobredorada que contenía el título de ciudadanía, y pronunció un discurso muy bueno. Yo di las gracias con verdadera emoción y creo que en términos apropiados al caso. Lo que dije fué muy bien recibido, y al final me aplaudieron calurosamente. A las dos y media me escapé á Edimburgo, y, al llegar, me fui derecho á Craig Crook. Pasé una media hora con Jeffrey, quizá la última, entre placentero y apenado. Se hallaba en un estado de excitación casi histerica. Me confundió completamente con su bondad y sus elogios. A los dos se nos saltaban las lágrimas.

26 de Marzo. — Longman me ha escrito diciéndome que se ha vendido hasta el último ejemplar de la tercera edición. He escrito todo el Diario de la semana pasada; catorce caras en una hora, unos cuatro minutos por cara. Luego vino una larga visita de Macleod, con quien tenía que hablar mucho y bueno, que nos ocupó la mayor parte de la mañana. Será preciso no gastar el tiempo de esta manera. Pronto estará terminada la correspondencia á que ha dado margen mi libro; también se acabará la corrección de pruebas para nuevas ediciones; las mañanas serán apacibles; el sol saldrá temprano, y yo trataré de levantarme también temprano. Querría volver á la costumbre de trabajar tres horas antes del almuerzo. Antes la he tenido, y fácilmente puedo recobrarla. ¡Siente uno tan satisfecha su conciencia cuando ha hecho una buena

tarea con la cabeza despejada antes de salir de su gabinete! Pienso empezar este nuevo régimen el martes de Pascua. No vale la pena hacer el cambio antes de volver de nuestra excursión (1).

13 de Abril. — Al Museo Británico. Hojeé los *Viajes* del duque de Toscana, y encontré el pasaje cuya existencia niega Croker. Las ligerezas de este hombre son verdaderamente increíbles. El artículo ha sido acogido con general desdén. Realmente, Croker me ha hecho un gran servicio. Yo temía una fuerte reacción, el efecto natural de tal éxito; y si el odio le hubiese dejado sacar el mejor partido posible de sus escasas facultades, hubiera podido perjudicarme mucho. Hubiese hecho grandes concesiones; hubiese adoptado un tono suave de reconvención amistosa, y hubiese buscado verdaderas tachas, que bien sé yo que hubiera podido encontrar fácilmente. En vez de eso, ha escrito con tal rencor que ha disgustado á todo el mundo. Casi debo tenerle lástima. Pero es mala, malísima persona; un oprobio para la política y para las letras.

Corregí mi artículo sobre Addison para incluirle en la colección de *Ensayos*. Omitiré todas las críticas sobre los dislates de miss Aikin. Ella me ha tratado mal, y ese es el desquite más honroso y caballeresco.

Viernes, 5 de Mayo de 1849. — Día feliz para empezar un nuevo volumen de mi Diario. Tiempo espléndido. Una carta de lord John participándome que ha dado á mi hermano Juan el beneficio de Aldingham, de 1.100 libras anuales, en un hermoso país y en medio de una excelente población. ¿Se vió nunca tal prosperidad? Escribí unas cuantas líneas de viva gra-

(1) En la Pascua de 1849 fuimos á Chester, Bangor y Lichfield.

titud á lord John. A casa de Longman. Pedido un millar de ejemplares de la quinta edición. Longman me ha mandado el *Libro de memorias de Southey*: una plasta de las mayores que se ven en librerías.

Mientras me vestía, leí algo de la correspondencia del doctor Parr. He hojeado á ratos perdidos sus obras y sus Memorias, durante la semana última. Ciertamente distan mucho de ser pura patraña; pero hay tanta patraña que dan tentaciones de negarle el mérito que poseía realmente.

28 de Junio. — Después de almorzar, al Museo, donde estuve hasta las tres leyendo y tomando notas. Hojeé tres tomos de periódicos y discursos. Encontré algunas cosas curiosas que serán de utilidad inmediata; pero el fruto principal de estas investigaciones es que el espíritu se transporta siglo y medio atrás, y se familiariza con la manera de pensar y con los hábitos de generaciones pasadas. Creo que me hago rápidamente dueño del asunto; por lo menos, más dueño que los escritores que le han tratado hasta hoy.

29 de Junio. — Fui al Museo Británico y estuve leyendo y tomando notas hasta cerca de las cinco. Hallo un placer creciente en esta ocupación. El reinado de Guillermo III, tan misterioso para mí hace unas pocas semanas, empieza á dibujarse claramente. Comienzo á ver los hombres y á comprender todas sus preocupaciones y recelos.

30 de Junio. — Hoy ha quedado cerrada mi cuenta anual con Longman. Ahora puedo decir que mi libro ha sufrido muy bien la prueba de la crítica. Tengo motivo para estar contento. Los adversarios más furiosos y de más mala fe no han podido negarme mérito como escritor. Todos los críticos, que se precian algo de imparciales, me han tributado alabanzas, que